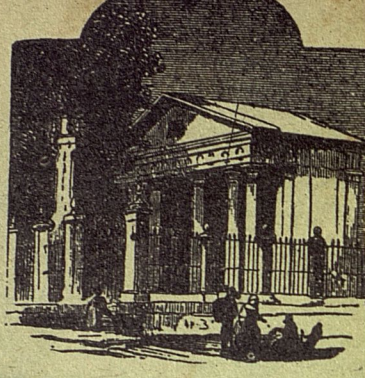


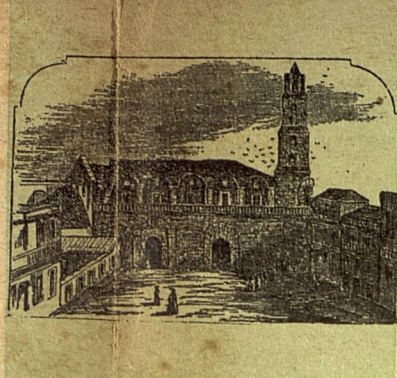
El Castillo del Morro visto desde la Puerta de la Punta.



La Torre del Indio junto al Castillo de la Fuerza.



El Templeto.



Convento y plaza de San Francisco.

Notas de un libro

II - LA HABANA QUE VIO SAMUEL

Por GERVASIO G. RUIZ

Dibujos de S. HAZARD

UNA de las mejores y más agradables maneras de formarse una idea de La Habana antigua, y particularmente de la porción que está inmediata al mar, consiste en alquilar un carruaje por horas y recorrerla temprano por la mañana o, si se prefiere, después de la comida, cuando el sol ha declinado lo bastante para que no molesten sus rayos".

Así comenzaba Hazard el capítulo VII del primer tomo de *Cuba a pluma y lápiz*, añadiendo que, si el recorrido se hacía al atardecer, "hay la desventaja de que, estando la mayor parte de los comercios radicados en aquella parte y no siendo costumbre efectuar negocios después de las cuatro, no presenta la animación que en las primeras horas de la mañana".

He aquí que entonces, a falta de jornadas de verano y otras "conquistas" sociales, los dependientes de comercios y almacenes tenían para holgar casi la mayor parte de la tarde, aunque en otra parte del libro se dice que era costumbre de las haba-neras de ese tiempo salir a hacer sus compras en las primeras horas de la noche. ¡Cuánto se alegrarían las de hoy de que tal costumbre todavía rigiese!

Hazard toma su volanta o quitrín y dice al cochero que "entre por la puerta del Norte, conocida por Puerta de la Punta, que está a un extremo de la bahía, don-

de comienzan las murallas de la parte antigua". Esa puerta es descrita por Hazard como "un arco de piedra de unos veinticuatro pies de amplitud, a cuyos lados hay casamatas para depósito de artillería".

Todavía La Habana era una ciudad amurallada y en ella sólo se podía entrar por algunas puertas como la descrita. Naturalmente, por la época en que Hazard la visita, la población se había extendido mucho más allá de las murallas y por eso se hablaba de intramuros y extramuros, para indicar, respectivamente, la porción que quedaba dentro y la que estaba afuera.

El viajero marcha ahora por la calle de Cuba y llega hasta "un grande edificio situado a mano izquierda, de aspecto moderno y de varios pisos, construido de piedra ennegrecida". Era la Maestranza, también llamada Parque de Artillería. El habanero de hoy puede ver en el mismo lugar una construcción algo semejante, al menos por lo que tiene de castrense: el airoso castillo de la Jefatura de Policía.

Hazard detiene su coche y da un paseo por la Cortina de Valdés, "que se extiende al lado de la bahía hasta la calle de Empe- drado". Los viejos habaneros que hoy viven todavía recuerdan esta famosa Cortina. "Os será grato—añadía Hazard—pasear en este lugar por las mañanas, si no tenéis nada mejor que hacer,

y oír la música de las bandas militares que tocan en la Ca- baña".

Después de hablarnos del Cas- tillo de la Fuerza, cuyo interior recorre; del Templeto, que "imita un templo griego"; del con- vento de San Francisco, "edificio de apariencia singular", cuya torre "es hoy la más elevada de la capital", describe el muelle de la Machina, con su no menos fa- moso palo y "un muy diminuto jardín, con las dimensiones de un regular salón, puesto allí al parecer con el propósito de mos- trarnos lo pequeño que puede ser un jardín. Es muy bonito, con estrechísimos caminitos, mator- rales, flores y una fuente con peces dorados y plateados, todo rodeado de una verja de hierro y guardado por algún marinero que se complace grandemente en mostrároslo, con mayor agrado si le gratificáis con algo *para beber*".

No es de extrañar que a Hazard le llamara la atención este jardín miniatura, no tanto por su pequeñez como por el lugar en que estaba. ¿Podríamos concebir hoy un jardín en los ajetreados muelles de La Habana? Y tenga- mos presente que el de la Ma- china era entonces el más activo

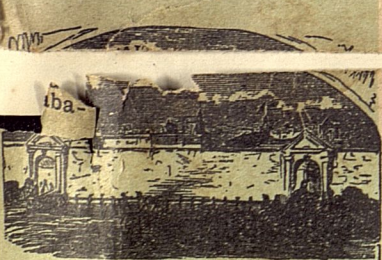
y el único dotado de transborda- dor, pues tal era la función del célebre palo.

Bordeando la bahía.—

Continúa Hazard bordeando la bahía, y luego de recomendar una visita a Regla, que "resultará un viaje refrescante en uno de los vaporcitos que hacen la travesía" llega a la Alameda de Paula, "el primero y más atra- yente de los paseos" que se extienden paralelamente a la bahía, con sólido muro de piedra por el lado del mar y fuentes y bancos de piedra a intervalos en toda su extensión.

Después de la Alameda de Pau- la seguía el Paseo de Roncali, "desde el cual se obtiene una admirable vista de la parte superior de la bahía, con el casti- llo de Atarés al fondo". Este Pa- seo de Roncali comenzaba en la iglesia de Paula y se extendía por lo que hoy son muelles de la Ward Line. Sin duda La Habana ha ga- nado en utilidad, pero ha perdi- do en poesía. La belleza de lo utilitario se ha impuesto a la belleza de lo suntuario. Benthán ha vencido a Apolo.

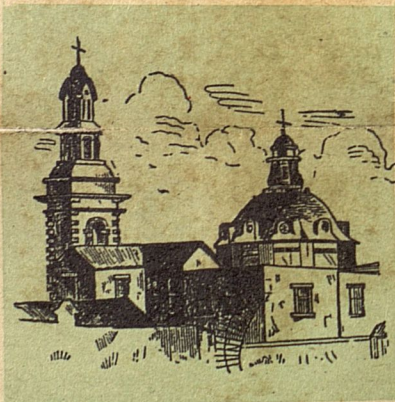
Termina Hazard este paseo mañana- ro "volviendo por la calle



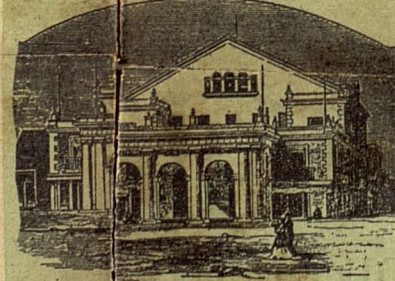
Sección de las antiguas murallas.



La Catedral de La Habana tal como la vió Hazard.



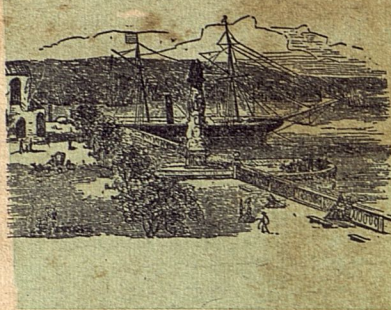
Cúpula y torre de la iglesia de Belén.



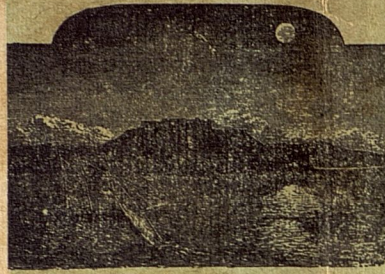
Teatro de la calle Tacón, donde hoy está el patio del Centro Gallego.



El antiguo muelle de la Machina.



La Alameda de Paula.



El Castillo de Atarés a la luz de la luna, visto desde el desaparecido Paseo de Roncali.



La Puerta de Tierra, una de las que se abrían en las viejas murallas, a la que daba acceso la calle Muralla.

HAZARD EN 1866

de Egido, que corre dentro y paralela a las viejas murallas... todavía en tolerable buen orden, aun cuando ya ofrecen un aspecto de decadencia y están condenadas a desaparecer" Pese a ello, añade Hazard, "todavía se monta guardia en algunas de sus puertas y los cañones asoman sus bocas por las almenas cubiertas de hierba".

El autor de *Cuba a pluma y lápiz* dedica todo un capítulo a las iglesias de La Habana, y lo abre con estas palabras: "Si es cierto el viejo adagio de que *cuanto más cerca de la iglesia, más lejos de Dios*, entonces me temo que para los habaneros no hay esperanza de futura salvación, pues en casi cada plaza de la vieja ciudad, intramuros, hay alguna iglesia"...

Hemos advertido antes que Hazard era protestante, con lo cual se explican ciertas opiniones suyas acerca del culto católico, algunas de ellas francamente arbitrarias, como la que transcribimos inmediatamente. "Estuve—dice—muy interesado... en estudiar las peculiaridades de los religiosos que llevaban diferentes sombreros, y finalmente llegué a la conclusión de que los sombreros de teja podían considerarse como una insignia de bienestar, pues casi todos los que los llevaban eran sacerdotes robustos, joviales, cordiales, en tanto que los que usaban tricornio tenían apa-

riencia de jóvenes delgados, desnutridos".

Seguramente que el sombrero nada tenía que ver con el bienestar de quien lo usaba, fuera tricornio o de teja, aunque puede admitirse que uno y otro representaban diferente grado o dignidad en la nomenclatura eclesiástica o que el primero tuviera más uso entre los jóvenes sacerdotes recién ordenados, y el segundo, entre los más viejos, propietarios de iglesia o párrocos.

Observa Hazard que "los días de fiesta son muy numerosos", habiéndolos de dos clases: los marcados en el almanaque con dos cruces, "en los cuales se considera una obligación oír misa y cesar en toda clase de trabajo", y los que se señala con una cruz, en que se permite trabajar, "pero es también obligación oír misa". A éstos se añadían los del patrón de cada pueblo o ciudad y aquellos en que se festejaba el santo del rey o del heredero del trono. En resumen, según Hazard, no pasaban de doscientos los días laborables del año. ¡Benditos tiempos!

Hazard ha dejado un bello dibujo de la catedral, que visitó en varias ocasiones, una de ellas durante el mediodía, en que le sirvió de guía "un individuo nada limpio, bizco y con aspecto de suficiencia, que insistía en describirme la iglesia en una horrible mezcla de francés e inglés, en vez de usar su idioma".

Un paseo mañanero por La Habana antigua.—Por la puerta de La Punta.—Las viejas murallas y la militar Maestranza.—Oyendo a las bandas de música de la Cabaña desde la Cortina de Valdés.—Un jardín en el muelle de la Machina.—Bordeando la bahía por la Alameda de Paula y el Paseo de Roncali.—Doscientos días de trabajo en el año.—Recorrido por las iglesias.—La ciudad de extramuros.—Paseo del Prado arriba.—La Estación de Villanueva, el Teatro Tacón y el Campo de Marte. Un lugar de moda.—Sendero para enamorados.—El Cerro y la arquitectura cubana.—La fábrica de cigarros "La Honradex".—Los habaneros, donjuanes peligrosos. Tipos y escenas callejeras.—Retreta en la Plaza de Armas.

"Bajando por la calle de Compostela—escribe más adelante—, en la esquina de O'Reilly se halla la extraña y vieja iglesia de Santa Catalina, construida en 1658, a la cual está anexo un convento de monjas"... En este lugar se levantan hoy el edificio La Metropolitana y un banco que, si bien nada tiene de sagrado en su interior (salvo que demos esa categoría al dinero, en lo cual muchos estarían conformes), en lo exterior exhibe una reja y un pórtico que son dignos de una iglesia como la que allí viera Hazard.

Y después de haber mencionado todos los demás templos, deteniéndose en referir la leyenda de un cuadro que se halla o hallaba en el de la Merced, relativo a la conquista del Cerro de la Vega por Cristóbal Colón, termina Hazard este capítulo diciendo, con palabras que un católico pudiera hallar irreverentes:

"Para mí, las iglesias fueron siempre un lugar de distracción e interés, bien para ver la ceremonia o las lindas devotas, o para oír la música en las suaves horas del anochecer".

Por extramuros.—
Dedica Hazard otro día a recorrer diferentes lugares "de extramuros", escogiendo para ello las horas del atardecer, que son las mejores para "dar unas vueltas por el paseo, con objeto de ver y ser visto". Ordena al cochero que empiece el recorrido "desde el fin del Prado", a cuya izquierda, "a lo largo de la costa, pueden verse varios lugares de baños".

Dejando atrás la Punta, "el primer edificio que nos llama la atención es uno grande y amarillento, situado a la izquierda, ocupando toda una cuadra". Era la cárcel. "La explanada se usa como campo de parada, y en ella fué ejecutado el infortunado Narciso López".

Prosigue Hazard informando que "a la derecha del Prado, en el número 86, se halla un gimnasio y escuela de esgrima", el cual debió visitar nuestro viajero y aun practicar en él algunos de los ejercicios, pues habla de ellos y del excelente instructor con que contaba, así como del "buen maestro de armas fran-



Avenida de Palmas en la Quinta de los Molinos.



Paseo de Tacón (Carlos III)



Un accidente de tránsito en La Habana de 1866.



La carga del malojero en una calle de La Habana antigua.